

2 abril 1910

das las consiguientes precauciones y cuidados.

Después de las gestiones que realizaron en Zaragoza los vocales de la Comisión organizadora de la Exposición de retratos y dibujos antiguos y modernos, á fin de conseguir de diversos particulares y corporaciones de aquella ciudad la concurrencia de importantes obras, entre ellas varias de mérito excepcional, podemos adelantar á nuestros lectores las excelentes noticias que se han venido recibiendo del comisionado don Mariano Fuster, presidente del Círculo Artístico de Barcelona y vocal de la Comisión ejecutiva, quien está recabando activamente en Madrid la cooperación á nuestro certamen, no sólo por parte de significados particulares, si que también de los organismos oficiales de aquella capital, contando ya con la oferta del señor ministro de Instrucción pública y Bellas Artes de que el gobierno cooperará á nuestra Exposición con el envío de obras notables de los diversos centros y corporaciones del Estado. Asimismo cuéntase con excelente disposición al mismo objeto por parte de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y con la de distinguidos coleccionistas como don Pablo Bosch, delegado de la Organizadora en Madrid, don Aureliano de Beruete, el duque de Tovar, los marqueses de la Torreclilla, de Mondéjar y de Monistrol, el duque de Fernán Núñez y otros. Las últimas noticias recibidas del vocal comisionado señor Fuster, son relativas á importantes y eficaces gestiones que está practicando, las cuales, si se obtiene de ellas el satisfactorio resultado que es de esperar, darán excepcional importancia á la Exposición, prestándola extraordinario realce.

Además, para obtener en lo posible la concurrencia de artistas franceses distinguidos como Besnard, Toulouse-Lautrech, Renoir, Blanche, Lobbre, etc., aparte de las gestiones que ha venido efectuando el renombrado artista, vocal de la Organizadora, don Ramón Casas, se ha creído conveniente conferir el nombramiento de delegado al señor presidente de la Cámara francesa de Comercio en Barcelona, Mr. Lob Levyt, persona de extensas relaciones entre artistas de la vecina República y en quien concurren favorables circunstancias para el éxito de la misión que se le ha confiado.

De las varias ciudades españolas donde existe Delegación, recíbense gratas impresiones que permiten abrigar la seguridad de que el venidero certamen será la glorificación del retrato y del dibujo, ofreciendo vivísimo interés y gran importancia artística.

Aparte de todos estos trabajos no se descuida el estudio de la celebración de grandes fiestas en la Exposición, que completan el atractivo de la misma, practicándose los trabajos relativos á notables conciertos, que sean espléndidas festividades musicales, concursos de flores y espectáculos adecuados, de los que no es hora todavía de presentar el detalle.

La Comisión conságrase activamente á estos asuntos y va á la vez fijando el criterio en que convendrá se inspire el Jurado de admisión con respecto á la admisión de obras de artistas vivientes, la que obedecerá á una norma conducente al fin de obtener una exhibición más selecta que numerosa.

La Comisión ejecutiva ha dispuesto que los boletines de admisión que deben acompañar las obras que concurren al certamen se faciliten á los artistas en el Palacio de Bellas Artes y en los centros artísticos de esta ciudad.

TEATROS

«Fontalegría» Comedia en dos actos, de don Pompeyo Creuhet.

He ahí una comedia amable, de argumento que se desenvuelve ligero, cascabeleante, despertando la sonrisa del auditorio que ve complacido todo aquel revuelo que

turba fugazmente la santa paz de aquella casa donde se recogieron á pasar la vejez un matrimonio que son unos benditos de Dios. La retahíla de nietos cae allí como un vuelo de pájaros cantores que animara la monotonía reinante en aquel pueblo de gente rehacia al trato, y la cual parece otra, así que las forasteras con su juventud la sacan de la indiferencia en que vegeta.

Medio loco y fuera de tino traen á los jóvenes que antes ni á tres tirones se les podía hacer pasar el umbral de la quinta. Y eso que allá, en la ciudad, dos de las chicas dejaron á su respectivo novio, á quienes con toda ingenuidad enteran diariamente de la vida que hacen en el pueblo, lo cual acaba por que ellos se muestren celosos y les acusen las cuarenta.

Esto es tanto como decidirse las muchachas á poner término al coqueteo en el pueblo y á coger el primer tren, no sea que el novio de veras tome por lo serio la cosa.

Así su paso por aquel lugar es rápido, llevándose otra vez consigo la alegría de los pocos años; aquella alegría que había cundido entre los jóvenes del pueblo y que torna á desaparecer en cuanto se enteran de que levantaron el vuelo quienes les habían sacado de sus casillas.

Sólo una de ellas, la más sesuda, se queda por algo más que por hacer compañía á los ancianos. Presto amor la hizo suya, y amor amolda á todo, y lo que para las demás es rutina y vida sin atractivos, cuando amor anda de por medio, se transforma y no semeja tan desprovisto de encantos.

Y el pobre abuelito, que ve huir el bullicio y el contento de sus nietas dicharacheras y desenvueltas, se pregunta qué tendrá el manantial aquél cuya agua antes volvía alegres á quienes la bebían y que ahora no surte efecto mágico alguno. ¡Qué ha de tener, pobre viejo, si la alegría la llevamos dentro! ¡Si la alegría es contagiosa entre la juventud, mas no reina con cabellos blancos!

Tal es la comedia. Algo que como aquel soplo de primavera que pasa por la escena, entretiene y distrae un rato, sin dejarnos luego, ni mucho menos, tan preocupados como queda el anciano.

Los aplausos fueron tan insistentes, que al final de cada acto salió á las tablas el autor.

La ejecución fué digna de elogio, especialmente por lo que se refiere al señor Capdevila, que en su papel de muchacho que no pierde ripio, estuvo muy feliz.

La nueva decoración, pintada por el señor Jiménez, digna de aplauso. Bien dispuesta y justa de color.—M. R. C.

MÚSICA

Il Vascello Fantasma

Para disponer el ánimo á oír luego el arte supremo del ciclo nibelúngico donde alcanza Wagner la plenitud de unidad musical que inicia ya en ese drama legendario, se abrió el domingo la temporada con la obra en que aparece el novador sentando los primeros jalones de lo que en adelante imprimirá, al mantenerlo como norma de sus dramas musicales, legendarios y simbólicos, desusado relieve á su personalidad sin igual.

La figura del Holandés errante, que rebosa de sugestiva grandeza fatalista, que pasa la vida en su buque de velas rojas, luchando con los elementos deshechos, maldito á cruzar mares sin dar nunca con una patria que le sea su sosiego, acumulando riquezas sin encontrar medio de gozarlas, tiene ya de por sí sola poder bastante para despertar el interés y dejar inquieto el espíritu. No ha de sorprender que Wagner, alma de poeta, se sintiera cautivado al conocer la dolorosa leyenda.

Con la música que para ella escribió es sabido que tiende á establecer un enlace que dé cohesión á toda la obra, dotándola de una estructura que la haga un todo impenetrable de desarticular por el engarce que esta-

blece entre sus componentes. Mas en «Il Vascello Fantasma» aún no obtiene la independencia absoluta, no se desase por entero de las formas musicales que estaban en boga y contra las cuales arremetió de cada vez con más decisión. Es sólo la obra que señala un rumbo nuevo y marca el comienzo de una nueva etapa. Allí está el germen, pero aún el maestro lleva consigo lastre tradicional, que de vez en cuando no deja de acusar su presencia.

Pero tiene toda la partitura un encanto singular, cual compuesta en momentos en que el músico se dejó llevar fácilmente de su numen, que marca en el pentágono la frescura de una labor sincera, en la cual encuentra acentos tan soberanos como el de la lamentación del protagonista y los del dúo del segundo acto, entre el aparecido y la soñadora, sin contar aquella magistral balada que canta «Senta», en el segundo acto y que es cifra y compendio de la obra, la sustantividad temática de toda ella.

Con esa balada dió el alcance de sus facultades la soprano señora Helena Ruszkowska, cuyo tipo cuadra á maravilla para representar «Senta». Su voz pastosa y dúctil se amolda á las exigencias del estilo wagneriano, del cual demuestra estar poseída. Su arrogante figura, su porte distinguido, el interés con que mantiene el personaje, son parte además á justificar los aplausos que alcanzó.

Esos aplausos fueron también para el señor Segura Tallén, quien tuvo á su cargo el papel de «L'Olandese». Constituyó su presentación una sorpresa. Su dicción es clara, su voz de barítono amplia y de timbre agradable, y ni por un momento su canto deja de mantener en la modulación dominio completo.

Para un bajo que goza de la nombradía de que disfruta el señor Masini Pierali, la parte que le corresponde en «Il Vascello Fantasma» no es suficiente para que permita formar juicio de sus facultades. Con todo, reveló que sabe dar á la frase musical el valor justo y que tiene pleno dominio de su voz.

La orquesta, dirigida por el Mtro. Beidler, merecedora de elogios, que se deben hacer extensivos á los coros.

De don Olegario Junyent son las tres decoraciones con que ha sido puesta la obra. Todas ellas notables. Y en cuanto á la aparición del buque fantasma, resulta de modo que impresiona. La decoración del segundo acto, muy bien construida y compuesta.

En suma, una ejecución homogénea é intachable y una presentación digna de loa.

M. R. C.

Conciertos Emil Sauer Primer concierto

El primero de los dos conciertos con los cuales Emil Sauer se despide del público de Barcelona, tan devoto suyo, tuvo lugar el martes en la sala de audiciones del *Palau de la Música Catalana*.

Emil Sauer, conserva en magistral florecimiento todas las facultades artísticas que le han dado fama mundial. Domina el teclado con la fortaleza de siempre; conserva aquella envidiable agilidad tan característica de su interpretación que le permite dar al público toda la intención de la obra ejecutada.

Dijo con inmejorable elegancia las tres sonatas (*re mayor, si menor y do mayor*) de Scarlatti; la *Novelette, op. 21 n.º 8 de Schumann* y la *Balada, op. 38, Nocturno, op. 37 n.º 2 y Estudio de Chopin*, matizando con una delicadeza que subyugó por completo al auditorio todos los detalles, singularmente aquellos que por su frescor y aparente sencillez ingenua son de más difícil ejecución.

Pero donde su arte triunfó con mayor esplendor fué en la interpretación admirable que dió á la Sonata, op. 110 de Beethoven.

Difícilmente un artista del piano, por grandes que sean sus facultades, llega á dar una impresión tan pura de serenidad como la que nos diera Sauer interpretando Beethoven.

Esto aparte del mecanismo sorprendente con que jugó la pieza.

También estuvo á parecida altura en la interpretación del *Claro de luna* de Debussy, *Sueño de amor*, *Vals de Mephisto* de Listz y *Volubilité y Murmullos del viento*, estudios de su propia cosecha que merecieron los honores de una ovación calurosa.—L.

GACETILLA

Nos apresuramos á manifestar que por involuntaria equivocación apareció el nombre del señor Escalas bajo la instancia que la Academia de Jurisprudencia y Legislación de

esta ciudad ha elevado al ministro de Gracia y Justicia, inserta en el número pasado, en vez del de D. Rafael Gay de Montellá, que es el actual digno secretario de la mencionada entidad.

Tras larga y penosa enfermedad ha fallecido en Palma de Mallorca nuestro distinguido amigo y corresponsal D. Genaro López.

Con el natural sentimiento que experimentamos al tener tan triste noticia, enviamos á su desconsolada familia la más viva expresión de nuestro pésame.

La Prensa catalana

La Publicidad.—De Pío Cid.

Pío Baroja es un hombre triste. Pudiera ser un atormentado, un inquieto. Pero por una especie de perturbación cerebral, á la que se ha dedicado con preferencia á toda clase de deleite, ha quedado exento de voluntad. Es un espíritu flotante que vaga hacia donde el viento le empuja. Le falta el nervio para la lucha, para la pelea. Es un exangüe. Y por esto, por falta de sangre, de nervio, de voluntad, se resigna con la desesperación de los impotentes; por su idiosincrasia especial es un conformista rebelde. Y por esto siente simpatía amable para los anarquistas y para los desesperados. Por esto un día llegó á decir que el único caso de voluntad, la única voluntad que se había registrado en España, durante medio siglo, era la de Mateo Morral. Elogiaba su obra bárbara de rebeldía. Es decir, el acto de rebeldía destructora é infundada. La bomba de Morral que destruye la carne, sin sublevar los espíritus, es el símbolo, es la característica del modo de ser de Pío Baroja, un emancipado agarrotado por todas las preocupaciones, dominado por un excepticismo que por ser completamente opuesto á ellas posee todas las características del misticismo cristiano, un Voltaire que sonríe lleno de prejuicios.

Dírase, leyendo sus obras que Pío Baroja es un hombre que no ha sentido la pasión femenina. Es, decir, que es un hombre que no siente el instinto de vivir. Es un destructor; incapaz para la creación. Su sátira sería terrible si tuviera una personalidad espiritual completa. Pero se halla castrado. Está exento de voluntad. Es el perturbador intelectual, consciente, dominado á veces por violencias que quiere amortiguar con una sonrisa. Y la sonrisa forzada resulta muchas veces una mueca.

Su personalidad literaria es grande. Escribe de una manera desgarrada, producto su estilo de su escasa potencia emotiva. Esto importa poco. La cuestión es decir las cosas de la mejor manera que se pueda y que se sepa. Pero es un gran observador, de una manera paradójica, original, arbitraria. Recoje lo pintoresco, lo canallesco de la vida; hace el elogio del acordeón, se encariña con el hombre-bou. Sin gran pulcritud, atraviesa á grandes zancadas el lodazal, pero salpicando los bordes de su túnica del barro del arroyo.

Pero su sarcasmo no es volteriano, porque no es independiente. Le falta someterse al yugo de su voluntad para emanciparse.

Y es una lástima que Baroja no se emancipe de ese renunciamiento destructor. Porque leyéndole se comprende siempre la razón de su sinrazón.

Ahora Baroja ha dado una conferencia. Y nos felicitamos de ello. Porque en una conferencia de Baroja siempre encontraremos rasgos de interés. Es un hombre que se aparta del vulgarismo, aunque á veces se deje arrastrar por las corrientes vulgaristas (y per-

done Unamuno que usemos de su diatriba contra el espíritu de vulgarización). Hemos querido leer la conferencia de Pío Baroja sin ninguna clase de prevenciones. No las tenemos. Bien sabe nuestro público nuestro proceder. Cuando Baroja habló en Madrid, escandalizando á toda la pedantería de las Ramblas del judaísmo catalán, le aplaudimos porque encontramos en su confesión el mejor elogio que se podía hacer de nuestro pueblo y la más grave censura que se podía hacer de la miserable desgracia de otras tierras. El judaísmo y la mediocridad pueden levantar á un pueblo. La raza israelita, como en otros tiempos el jesuita (que también formaba raza aparte) es la más fuerte y dominadora. Porque para vencer usa de toda astucia. Y aspirar á la victoria, aun sin tierras ni constituciones, es noble y grande cosa. Y si ese espíritu forma la personalidad catalana (cosa que desgraciadamente no es cierta) debemos todos felicitarnos de ello. En cuanto á la mediocridad debemos confesar que existe. No se da aquí el tipo de Goethe ni el tipo del alemán que forma el polo opuesto al poeta de Weimar y que resulta un plomo. Y es que Cataluña es la tierra de democracia, en donde no pueden subsistir ni los ilustres señores ni los esclavos. Siempre un país de democracia será mediocre. Los genios se forman en la soledad. Al mezclarse entre el pueblo, dejan por entre aristas y espinas desgarraduras de la indumentaria de su cultura y de su carne espiritual.

Pero veamos lo que ha dicho Baroja en su última conferencia. Examinemos sus palabras sin prevenciones. Anotemos, al correr de la pluma, nuestras impresiones.

Baroja, que es un hombre lleno de prejuicios, una especie de solitario entre la multitud, al ingresar en un partido político tan especial como el lerrouxismo, se ha preocupado aún más que antes de sus despreocupaciones.

Baroja quiere ser diputado como lo ha sido Pérez Galdós y Martínez Ruiz. Y por este pueril deseo se le pueden perdonar sus extravíos.

Y no es que fueron muchos los extravíos de Pío Baroja en su conferencia. En muchas cosas de las que ha dicho tiene razón. Y quizá en todo tendría razón si hubiera planteado el problema en distinta forma de la que ha empleado.

Pasemos por alto ciertas frases de mal gusto sobre las flatulencias literarias de Alomar y las ideas nadando en grasa de Pedro Corominas. Todo esto son diatribas de escritor, punzadas de pluma, celos, antipatía, broza. Todo esto nada tiene que ver ni con nuestro artículo ni con su conferencia.

Vayamos adelante.

Encontramos una gran verdad en lo que escribe sobre la intelectualidad catalana. Se siente la influencia de todo lo caótico, de todo lo extranjero, sin que haya nada catalán, por lo menos nada alto, nada fuerte, nada digno del país, careciendo del sello de la raza. ¿Pero

esto es un defecto? Si no existe aquí un genio creador, capaz de representar todo el espíritu de Cataluña, se ha de aportar la riqueza espiritual de otras tierras. Y no encontrándola ni en Castilla, tierra que de tanto parir ha quedado con la matriz estéril, se ha tenido que ir á buscarla adonde existiera. Y así como en otros tiempos la intelectualidad francesa desbalijaba las producciones castellanas, creando obras de exquisito ingenio francés, y después los españoles entraban á saco en el solar de los franceses para hacer obras para tierra castellana, podremos nosotros empíricamente ensayar todos los sistemas del espíritu extranjero—llámese Emerson, Carlyle, Nietzsche, Ruskin, Ibsen—para poder lograr que dejen un sedimento capaz, en el día de mañana, de todas las características del espíritu del pueblo catalán. Y esto es mucho más loable que tumbarse tomando el sol, panza arriba, esperando el descenso del genio catalán, producto espontáneo de la contemplación.

Lo triste, lo lamentable no es que en las obras de la intelectualidad catalana haya influencias de Carlyle ó de Emerson, sino que haya tan escasa influencia de Emerson ó de Carlyle.

Claro está que Pío Baroja se confiesa en alta voz y pone exclusivamente, como siempre, su sello personal en todo cuanto escribe. Y por sus prejuicios reconoce el hecho—y el hecho es cierto—pero no acepta su bondad, cuando mejor debiera celebrarla. Pero el sello de su personalidad no lo quiere reconocer Pío Baroja. Así quiere rechazar, por poquedad de espíritu y por prejuicio político, la contradicción que le advertimos desde las columnas de LA PUBLICIDAD, sobre su discurso en el banquete del Tinglado, refiriéndose á Prim, y las palabras que sobre Prim dice uno de los personajes de «La FERIA de los Discretos». Baroja se defiende en este punto. No soy yo sino uno de los personajes de mis novelas, dice. ¿Por qué tanta poquedad de espíritu? Acaso ignora Baroja que todo cuanto se escribe tiene siempre el carácter personal. Tan Shakespeare es Hamlet como Polonio. Voy á hablar de mí—dice Anatole France—á propósito de Goethe. Y luego añade, entristecido por la esclavitud de nuestro espíritu sujeto á nuestra personalidad:—¿Qué no daríamos para poder contemplar un minuto el mundo con los ojos de una mosca ó el cerebro de un orangután!

No; Baroja, siempre es Baroja. Pero no lo quiere reconocer por sus prejuicios, su falta de voluntad. Al señalársele la contradicción, abandona su sonrisa, se pone serio. Y es que se siente político. Voltaire se burlaba de sus debilidades. Baroja, no, á pesar de haber engendrado á Paradox.

Cuando no se acuerda de la política zurriaga fuerte y con mano dura. Entonces reniega de la arquitectura bárbara de Barcelona, de esos artistas que, como diría Zulueta, por no saber construir, adornan. Reniega—y con él nosotros—de las puertas parabólicas y los balcones retorcidos y las ventanas irregulares, de la falta de armonía, de sencillez y de seriedad. Reniega—y con él nosotros—de la poquedad de espíritu de nuestros industriales, que atraviesan el Atlántico haciendo la señal de la cruz. Pero aparece el preocupado, el partidista, cuando se trata del idioma y de la personalidad catalana.

¿Pero aún estamos en ese punto? Utilice cada cual la lengua que pueda, que sepa y que siente, que aquella que contenga mayor espiritualidad será la que mayor influencia ejerza. Acordémonos del trabajo de Santos Oliver, señalando al chino, sin ninguna influencia mundial, hablado por cuatrocientos millones de hombres, y el noruego, apenas hablado por dos millones de almas, promoviendo una revolución intelectual en todo el mundo.

Guimerá, en catalán, se ha abierto paso á través de la selva de todas las lenguas, claro está, sin ejercer influencia en el mundo espiritual. Pero Balmes, en castellano, ni se ha abierto paso ni ha ejercido influencia.

Influencia tampoco ejercerá Baroja en la

masa radical combatiendo el sentido catalán ó catalanista. Quiere exaltar Baroja el revolucionarismo científico, donde no existe ni el espíritu revolucionario simplicista de las masas. Y no quiere reconocer en la mediocridad catalana, por lo menos, aquel sentido de buena voluntad, de deseo de elevarse, de ansia de regenerarse, de ensayo que pudiera ser la característica actual de nuestro pueblo.

De todas maneras, Baroja reconoce en nosotros un espíritu de lucha. ¿Se quiere un mayor elogio?

¡Ah, si Baroja no fuese un preocupado, un espíritu solitario que navega errante, un hombre que carece—espiritualmente—de sangre, de nervio, de voluntad...!

La Veu de Catalunya.—Editorial.

Escenario: el de la «Casa del Pueblo». Construcción interina, para gente de paso, que no arraiga en el terreno, como de ejército de ocupación, ó de tribu en marcha. Allí se han preparado huelgas generales, y de allí han salido los broodings que han perturbado tantas veces la paz de la ciudad; allí Lerroux ha predicado el incendio de Barcelona, el robo, el asesinato, y ha glorificado á los que han quemado, saqueado, asesinado en las «hermosas» jornadas de julio. Es el cuartel general de catalanes y forasteros que trabajan contra Barcelona. La tribuna libre de los que han de hablar mal de la ciudad.

Público: el estado mayor de sembradores de odio de clase, la juventud rebelde, que tiene por objeto destruir, robar, quemar, matar; los que se vanaglorian llamándose así mismos kabilas, los profesores de energía que hacen la apología del brooving, los maestros y discípulos de la Escuela Moderna, los héroes de julio, que se alaban hoy de aquellas jornadas criminales después de haber conseguido el indulto con delaciones y retractaciones.

Conferenciante: un literato inferior, enamorado de la sangre y de la violencia; un mestizo como Unamuno, que siente el odio del renegado contra los que aman á su tierra, porque encuentran en este amor una acusación á su conducta; un hombre de temperamento simplicista que no siente ni comprende la complejidad mediterránea; un político radical de la camarilla del trust, de la harka republicana reclutada á honor y gloria de Moret.

La conferencia: un desfile gris é incoherente de los lugares comunes años há acostumbrados contra Cataluña y su intelectualidad, que no hará ningún honor ni al escritor ni al político.

Que hemos de renunciar al catalán y escribir en castellano, porque hay mucha más gente que habla la lengua castellana, como si colectivamente se cambiase el idioma á voluntad, como si, caso de ser eficaz este argumento, no fuese mejor adoptar el inglés, que es más hablado aún y de un valor como instrumento intelectual mil veces superior.

Que los intelectuales y los políticos catalanes son inferiores á los de Madrid, es decir á los Barojas y Caviares y Morets y Albas y demás eminencias cortesanas, y para huir de su competencia hemos inventado eso del catalanismo; idea luminosa que hemos leído miles de veces en *El Imparcial* y que, naturalmente, ha de encontrar el aplauso entusiasta de trasplantados que escriben *El Noticiero*, y *El Liberal* de Barcelona; prolongaciones verdaderas del trust de la prensa madrileña.

Que aquí no hay arte, ni arquitectura, ni dirección política, ni literatura, ni nada.

Que lo único bueno de Cataluña, lo único digno, lo único culto es el pueblo, es decir, el pueblo de la «Casa del Pueblo», el que le escuchaba, el que había actuado, haciendo en julio lo que él, Pío Baroja, el intelectual superior, el genio de mayor cuantía, calificaba de hermosa barbaridad.

Pero después de dar salidad á su odio por nosotros, de hablar groseramente de nuestros

escritores y de nuestros políticos, se le escapó una confesión que echa á tierra todo lo que ha dicho; confiesa que ellos, los verdaderos genios, los grandes hombres de Madrid, no han sabido interesar ni mover á su pueblo, que no le escucha ni le hace caso, y en cambio estos pobrecitos *geniecillos pedantes* que necesitan inventar el catalanismo, para evitar la competencia de los super-hombres á lo Baroja, éstos han sabido mover las entrañas de su pueblo, infiltrándole la fe en un ideal, llevándolo á las nobles luchas ciudadanas propias de las colectividades más cultas.

Esto es la condenación más definitiva de sus palabras y de la actitud suya y de los suyos. Cuando hayan sabido despertar á su gente; cuando no griten desesperados en el desierto de su pueblo que no les escucha, entonces podrán medirse con nosotros y nuestros hombres. Antes, no.

El Diluvio.—Editorial.

El insigne novelista vasco Pío Baroja, dió en la Casa del Pueblo, el próximo pasado Viernes Santo, una conferencia que tituló «Divagaciones acerca de Barcelona» y, divagando, deshilvánó un ovillo de cosas y trató diversos asuntos catalanes con un criterio, á nuestro entender, equivocado.

Baroja, que indiscutiblemente es un notable novelista, ha forjado una novela más, con una serie de dislocaciones sugeridas por su fantasía melancólica y triste, vistas aprisa y corriendo, á manera del que ha de cumplir una misión ó encargo ineludible, sin estudiar hondamente el asunto, ó estudiándolo solamente por el lado que ha de agradar al señor que manda y á la comunión en que se milita.

El lo confiesa, ha emitido algunos juicios acerca de Barcelona porque le han comprometido á decir en el Ateneo ó en otro lugar público cuatro cosas fuertes ejerciendo de ogro. Lo ha hecho en la Casa del Pueblo y bajo la férula de Lerroux, quien le habrá impuesto seguramente la norma de la conferencia, zambombando al pueblo, á la masa radical, que es para él la fuerza única de Barcelona digna de todo encomio y la exclusiva representación de Cataluña en España.

Así se comprende que empiece diciendo que nuestra ciudad, en el fondo, le produce entusiasmo por ser esplendorosa y magnífica y luego, desmenuzando todos los componentes de ese esplendor y esa magnificencia, les juzgue detestables é insignificantes.

Hablando de la intelectualidad catalana dice que aquí no hay literatura dramática que tenga sabor de la tierra, y combate á Rusiñol, sin acordarse de Ignacio Iglesias, de Guimerá, de *Pitarra*, ni de Feliu y Codina, demostrando que no conoce el teatro catalán. Combate á Gabriel Alomar y á *Xenius*, sin descubrirse ante el recuerdo del inmortal Verdager, ni de Maragall, ni de tantos otros que no hace falta mencionar.

Siguiendo la crítica en calidad de ogro, arremete contra la arquitectura barcelonesa moderna, la cual le parece petulante y aparatosa. Nosotros creemos, como el poeta Carner, que esta enemiga es salvaje.

La arquitectura barcelonesa tiene razón que carece de unidad, porque está pasando aquí, como en todas partes, por un período de transición exuberante, tal como le sucede á la pintura y á la música.

Pero negar que en esa mesa revuelta de formas arquitectónicas que se inician para orientarse definitivamente, hay una formidable obra artística no exenta de equivocaciones, pero que da á Barcelona carácter de ciudad monumental, es demostrar un descubrimiento absoluto de nuestro Ensanche y de los alrededores de la capital, donde están las edificaciones artísticas y las mejores obras de nuestros arquitectos. Seguramente Baroja no ha visto mas que superficialmente la Sagrada Familia y alguna obra del paseo de Gracia. Debe confiarse á un guía práctico que le des-

cubra las bellezas ornamentales barcelonesas y después de haberlas visitado detenidamente tenemos la seguridad de que reformará su actual opinión sobre ellas.

No hacemos hincapié sobre la suficiencia de algunos arquitectos catalanes, porque ni es del caso ni creemos que se pueda regatear su justa fama.

Respecto á la industria catalana sólo se fija Baroja en la editorial, y por ella juzga á todas las demás ramas de esa energía vital barcelonesa.

Pasando por alto el que no serán todos los editores como el del caso que cuenta en su conferencia, tampoco puede ser patrón para juzgar á otras importantísimas industrias catalanas que son el orgullo y la riqueza de Barcelona.

Por no hacer el reclamo á nadie no pondremos nombres; pero ¿no sabe Baroja que aquí tenemos importantes industrias en hierros artísticos, mosaicos y ebanistería, con escuela y tradición catalanas?

No citaremos más industrias ni aún queremos analizar otros puntos de la conferencia de Baroja, porque todo está llevado al terreno político con una parcialidad manifiesta.

La cuestión del idioma catalán y de la raza es algo trascendental que debe tratarse sin apasionamiento y necesita más espacio del que disponemos.

Diario del Comercio.—Editorial.

Un prosador, que adquirió fama de intelectual, «escribiendo para un público inculto que no le lee, ni le hace caso», ha vertido en la Casa del Pueblo una serie de insolencias, á las que se llamó conferencia, contra todo lo barcelonés y lo catalán, que no sea lo poco que de ello hay, en la mansión de Lerroux.

Ha demostrado ser un pensador adocenado y ramplón, pero muy atrevido. Sirve pues; Lerroux le aprovechará, y mañana será diputado por cualquier distrito.

Aunque lo que diga y piense no tenga ninguna importancia, porque la aristarquía de aquí le hará el mismo caso que la multitud del resto de España, vamos á copiar algunas de las «espinacas intelectuales», de ese «ogro finis ingerto en un godo degenerado».

«Si hablo de una manera agresiva dirán (y tendrán razón) que en este archivo de la cortesía yo soy el único mal educado.» (Ya lo han dicho).

«Alguien me dirá que yo no puedo juzgar de esto, (de Cataluña y sus pensadores) que yo no conozco ni el idioma, ni la tierra, ni las costumbres. Cierzo.» (A pesar de lo cual, el desahogado prócer continuó hablando de todo).

«Entre un bandido y un comerciante, casi prefiero el bandido. El uno roba en el camino real, y el otro en el libro de cuentas.» (Habrá que buscarle pues, en el camino real, las horas de despacho).

«Yo no quisiera vivir en una de esas casas (alude á las de nuestro Ensanche), que tienen las puertas parabólicas y los balcones torcidos y las ventanas irregulares; me parecería que me había vuelto loco...» (es natural; los salvajes viven en una cueva).

Nuestra intelectualidad se compone «de las pedanterías de Pedro Corominas», «las flatulencias de Gabriel Alomar», «el snobismo de Eugenio d'Ors», todo son «cursilerías»; el espíritu de Cataluña es judío; y en su consecuencia, «Barcelona es la forja en donde se funden los ideales colectivos de la España del porvenir.» (Esto lo escribió, seguramente, en una casa de puertas parabólicas).

«La lucha por la vida y la guerra son los principios que conservan en el hombre las cualidades viriles y nobles.» (Así lo decía ya Cánovas del Castillo). Basta.

Dejemos en paz á ese hombrecillo, que después de echar improperios contra nuestro arte, nuestros políticos, nuestros intelectuales, nuestra industria y nuestros edificios y calles y paseos, que le producen vértigo, se

volverá á comer cocido con la soledad de una ruinoso casa, poblada de chinches, á muchas leguas de la vital y culta Barcelona.

La Vanguardia.—De C. C.

En la cena íntima con que fué obsequiado por el presidente de la Cámara del Comercio, señor Maristany, el ilustre general Roca, ex-presidente de la República Argentina, hablóse, como es natural, de la celebridad, buena y mala de Barcelona, á saber: de la que le granjean sus buenas condiciones, su magnificencia, su crecimiento, sus manifestaciones de cultura; y de la que, como reverso de medalla, le proporcionan sus luchas, su terrorismo, sus atentados y violencias. Hablóse también de la parte que en esta mala nombradía corresponde á la exageración y al sensacionalismo periodístico, y de los medios de desvanecerla.

Verdad es todo esto. Mas, por encima de esto, que al fin y al cabo es accidental y transitorio, existe entre Barcelona, entre Cataluña y América, una incompreensión ó prejuicio que no se explica. Parece que si hay una región de España que debiese merecer el afecto y la simpatía de aquellos pueblos jóvenes, esta región es Cataluña, por la comunidad

de ideal cifrado en el trabajo y el motor económico como base de la vida genuinamente moderna. Y digo esto sin agravio ni resquemor para ninguna de las otras regiones españolas, pues cada una tiene su índole específica y su preeminencia particular en la historia.

Cataluña ha representado tradicionalmente desde hace siglos, dentro de la Península, ese factor económico que la España americana empieza á desenvolver ahora con tanta fuerza. ¿Quién puede sentir más hondamente el concepto de la vida de los pueblos americanos ni quién debiera encontrar allí mayor comprensión?

Y, sin embargo, no es así. Se ha atravesado en este punto, para esparcir y prolongar la mala inteligencia, una información deficiente, de un solo origen y á menudo tendenciosa. Todas las noticias de España, en general, proceden de una sola población y de una sola fuente, cuando no de manos muy señaladas como desafectas á todo lo de acá.

No está de más que personalidades de tanta significación y prestigio como el general Roca conozcan esas anomalías de la opinión y sus causas. Los elementos directores de cada país son los encargados de rectificar, no sólo desde el Poder, sino con la influencia de sus consejos y propagandas, los sistemas viciosos y, sobre todo, las prevenciones inmerecidas.

estas operaciones asciende á más de 35.000 pesetas.

En análoga forma de pago y desinteresadas condiciones, la Compañía anticipa también cantidades para redimirse del servicio militar á aquellos de sus operarios ó empleados á quienes se dificultaría ó inutilizaría su profesión ó carrera, ó que tendrían que dejar en desamparo familia y obligaciones al ingresar en las filas del Ejército.

La Compañía lleva redimidos en esta forma á 81 mozos.

En la Factoría de Matagorda tiene montada la Compañía una cocina económica donde por reducidos precios pueden los obreros obtener almuerzos bien condimentados y cuyo módico importe satisfacen al finalizar la semana.

Como los ingresos no cubren los gastos, el sostenimiento de dicha cocina económica, que tan beneficiosos servicios presta á los obreros, cuesta á la Compañía unas 10.000 pesetas al año.

Creada y sostenida por la Compañía Trasatlántica existe en Cádiz una Escuela de Maquinistas y Electricistas. Dotada de un prestigioso profesorado, los alumnos que á ella asisten cursan, en clases nocturnas, todas las asignaturas propias de la carrera y simultáneamente adquieren, durante el día, la práctica necesaria en los diversos talleres de la Factoría de Matagorda.

Cuando los alumnos están en disposición para ello se embarcan de ayudante de máquina en los buques de la Compañía.

Esta notable escuela suministra el inteligentísimo personal de máquina de la flota de la Trasatlántica.

Ha costado además la estancia en Inglaterra de varios de estos alumnos para que pudieran apreciar por sí mismos los adelantos de máquinas y construcción en los reputados astilleros ingleses.

Entre los centros de recreo que al lado de los de instrucción sostiene la Compañía para sus obreros figura un lindo teatro que proporciona honesto esparcimiento á éstos y sus familias.

GERARDO PARDOS.

NUESTRO ESPÍRITU EN AMÉRICA

Paulatinamente surge en España, en sus intelectuales particularmente, un anhelo, indeterminado y vago aún, de expansión espiritual. Indicio de este anhelo es la curiosidad, cada día más viva, que inspiran las cosas de América. Y corresponde á la Argentina, á sus progresos inverosímiles, á su empuje vital, el haber provocado este interés, no sólo en España sino en toda Europa. Del caos trágico de la América latina ó española, como quería D. Juan Valera que se dijera, creyendo sin duda que en la palabra estaba la cosa—cosa explicable en quien todo era palabra,—la Argentina es el país que se destaca sobre todo el Continente como la promesa de una gran potencia futura.

Por lo que toca á la curiosidad que este país ha despertado en Europa, se basa en tres hechos que entran por los ojos, en 25 ó 30.000 millonarios, procedentes de las Pampas, que ruedan constantemente por Francia; en el auge inopinado de la exportación argentina, que hoy importa 1.614.000.000 de francos, el doble que la exportación española; y, por último, en la milagrosa extensión de su red ferroviaria, que actualmente alcanza á 25.000 kilómetros, 12.000 más que España, construídos en treinta años. A los ya tendidos hay que añadir 10.000 kilómetros más en construcción y estudio, los cuales quedarán, en muy breve plazo, librados al servicio público.

Estos hechos, harto significativos, cuyo conocimiento sólo era familiar en Inglaterra, principal colaboradora en este repentino progreso, se han difundido al cabo por todo el viejo Continente europeo provocando ese in-

Opiniones ajenas

LA TRASATLÁNTICA

Acción social.—Socorros á enfermos y lesionados.—Jubilaciones y pensiones.—Asistencia médico-farmacéutica.—Barriadas de obreros.—Préstamos sin interés.—Redenciones del servicio militar.—Cocina económica.—Escuela de maquinistas y electricistas.—Escuelas de primera enseñanza para niños y niñas.—Asilo de huérfanos.—Capilla.—Teatro.—Círculo de empleados y obreros.—Cooperativa de consumo.—Prácticas de pilotaje en los vapores de la Compañía.—Premios al ahorro.—Participación especial en las ganancias.—Licencias anuales.

Merecedora de grandes elogios y digna de ser divulgada, para que sirva de ejemplo á imitar, es la labor social realizada por la Compañía Trasatlántica Española en su propósito de coadyuvar á la hermosa obra de facilitar el desenvolvimiento de las actividades de aquellos elementos sociales necesitados de ayuda moral y material.

La Compañía Trasatlántica retribuye á sus obreros de la Factoría de Matagorda (Cádiz, Puerto Real), con jornales superiores á los que se pagan en la región, hecho de indiscutible notoriedad y comprobado por el testimonio de centenares de trabajadores.

Aparte esto, cuando sus obreros se ven obligados á dejar de asistir al trabajo, por enfermedad ó lesiones, la Compañía les auxilia durante su curación con el jornal completo si el mal procede de accidente del trabajo, y con medio jornal si la causa es enfermedad natural. Este proceder lo tiene en práctica la Compañía desde muchos años antes de regir la ley de Accidentes del trabajo.

Además de dicho auxilio, distribuye por mediación de un capellán visitador socorros urgentes ó especiales.

A todos los empleados y obreros de la Compañía que por su avanzada edad, por sus padecimientos crónicos ó por accidentes del trabajo no pueden dedicarse á éste en forma activa se les emplea en destinos pasivos, y en el caso de no ser esto factible se les jubila con arreglo á su antigüedad, servicios y necesidades de familia.

De igual modo, al fallecimiento de sus em-

pleados y obreros, las viudas, huérfanos ú otros parientes que dependan del causante, disfrutan de «Pensiones voluntarias», graduadas también por los méritos, antigüedad, posición que ocupó el fallecido en la Compañía y necesidades de las familias que quede desvalida.

La Compañía publica mensualmente unos cuadros impresos con la relación detallada de las pensiones y socorros concedidos durante el mes, cuyos cuadros se fijan en sitios visibles de los talleres del Dique de Cádiz y de los buques de aquella, para conocimiento de los obreros, así como de los tripulantes de cubierta, máquina y cámara, al objeto de que puedan exponer todas las indicaciones que crean ser de interés en beneficio del pensionado ó socorrido, ó bien de la Compañía.

Todos los operarios lesionados ó enfermos, así como los jubilados y pensionistas, disfrutan de asistencia médica.

Y cuando para la curación ó mejora del enfermo se le prescriben medicaciones extraordinarias, como baños, aguas medicinales, específicos, por caros que estos sean, ó alimentación especial, la Compañía acude también á facilitarle los elementos necesarios.

Los desembolsos que ocasionan á la Compañía las pensiones y socorros que paga á su personal pasan de pesetas 750.000 al año.

La Compañía ha construído á sus expensas barriadas de casas dentro de la Factoría naval de Matagorda (en la bahía gaditana) y en terrenos próximos á ella. Estos edificios son cedidos á sus obreros sin cobrarles alquiler alguno y como premio á su laboriosidad y dilatados servicios.

Desde el punto de vista higiénico y de comodidad, es inmejorable el emplazamiento de las casas que constituyen estas barriadas obreras, cuyos vecinos disfrutan también gratuitamente de asistencia médica y medicinas.

Para evitar que en circunstancias difíciles se vean precisados á recurrir á préstamos usurarios, la Compañía hace á sus obreros, en caso de desgracias ó necesidades apremiantes, anticipos en metálico, á pagar en módicos plazos semanales sin interés alguno.

El numerario invertido por la Compañía en

terés que á los elementos cultos, á los hombres de presa y al capitalismo especulador merece aquel enérgico y próspero país. El Japón se ha impuesto á la consideración del mundo por su brío en la guerra. La Argentina se impone por la acción febril de sus actividades cosmopolitas.

Hoy—triste es confesarlo—el país que menos conoce América, Sud-América especialmente, es España. Muy pocos serían los hombres públicos españoles que saldrían aprobados en un examen de geografía americana. Quizá ello consista en que los españoles aprendimos siempre la geografía á pata. En España se dicen y escriben más disparates sobre América que en Francia sobre España. Los infundios franceses sobre nosotros no llegan á nuestras «macanas» sobre América. Cuanto en España se escribe acerca del Nuevo Mundo consiste en imaginar, que es la forma de ignorancia más duramente calificada por Platón. Cada cual se saca de su cabeza—él solito—una América, y la expone á la masa lectora como parto de un conocimiento objetivo y preciso. El periodismo imaginativo—y en todos los órdenes es imaginativo casi todo nuestro periodismo—está causando verdaderos estragos. A una moralidad intelectual se debe en buena parte el confusionismo en que vivimos. Nuestras plumas son maestras en el arte de la obscuridad y del laberinto. Los sucesos más claros se enturbian en cuanto los trata nuestra prosa. Y es que nos preocupamos más de imaginar sobre ellos que de conocerlos bien.

En Lisboa están al día sobre cuanto ocurre en Río de Janeiro; son familiares todos los problemas del Brasil. ¿Por qué no ocurre lo mismo en Madrid respecto de Buenos Aires y de la vida argentina? He aquí, en una rápida síntesis, las causas principales de este divorcio espiritual, de este desconocimiento, hartamente funesto para nosotros.

II

El aislamiento, el desvío de España por lo que toca á América, á su obra más fundamental y duradera, ha sido hasta hace poco casi absoluto. Los reclutas de Canterac y Rodil conocían mejor América que los modernos estadistas españoles. «La mayoría de la nación—dice Ganivet—ha ignorado siempre la situación geográfica de sus dominios; le ha ocurrido como á Sancho Panza, que nunca supo dónde estaba la insula Barataria, ni por dónde se iba á ella, ni por dónde se venía».

Después de la batalla de Ayacucho no acertó España á «sucederse á sí misma»: según el dicho de un clásico, renovando su espíritu para ponerlo á compás de los ideales que empujaron á los nuevos pueblos á desprenderse del tronco común. El error estuvo en creer que, acabada la dominación, bajo el vasto caudal del Océano quedaban congeladas todas las corrientes espirituales de antiguo establecidas. País desprendido, país olvidado. Y así se explica el curioso fenómeno de que al trazar los diversos historiadores americanos la crónica de la independencia de sus respectivas naciones no surgiera en España nadie que controvirtiese con ellos en el sereno campo de la sociología y de la crítica histórica, como ocurriría y aun ocurre entre ingleses y norteamericanos. Hay una sola excepción, el español Torrente, que vivió en América, escritor muy popular entre los historiadores sud-americanos y completamente desconocido en España.

Prueba del error que hemos padecido durante todo el siglo pasado está en la inclinación de nuestros eruditos. Tenemos excelentes arabistas; pero apenas hay, fuera del gran Pi Margall, nuestro más alto genio político, ningún americanista. El mejor historiador moderno de los descubrimientos del Perú y Méjico es el inglés Prescott, pues la bella obra de Solís, más que historia, es un canto apologetico, admirable desde el punto de vista puramente literario. Nuestros historiadores más populares, Lafuente y Morayta, sólo ofrecen una síntesis, incompleta y defi-

ciente, de las causas que determinaron la emancipación americana.

A pesar del espíritu particularista, la acción de España en el Nuevo Mundo, desde los orígenes de la conquista se conoce mucho mejor á través de los historiadores americanos que á través de los historiadores españoles. Y aun es posible que la verdadera entraña del alma de la raza peninsular, sus excelencias y sus defectos estén más visibles y patentes en los compendios históricos de las nuevas repúblicas. Débese ello á que el historiador americano, conocedor del lugar de la acción ha podido seguir mejor la huella y trayectoria de los sucesos y el desenvolvimiento y efectos de las instituciones transplantadas de la Península. En el orden económico, sólo en las páginas de Vicente Fidel López, Mitre, Estrada y Sarmiento podemos comprender lo que fué la famosa Casa de Contratación de Sevilla, un monopolio brutal y tiránico que anquilosó y dejó tullida toda la vida material del Continente americano. La Casa de Contratación fué en tiempos antiguos lo que para Cuba y Puerto Rico ha sido en los modernos el Fomento de Barcelona. Por lo que toca al monopolio sevillano, recomiendo á nuestros proteccionistas este dato del economista argentino Sixto Quesada: «Los artículos destinados á las provincias del Río de la Plata tenían un recargo de más de 600 por 100 sobre su coste primitivo».

Acabados, con la emancipación, los monopolios nuestros industriales y mercaderes que nunca supieron dar un paso sin el apoyo de la fuerza militar del Estado, olvidaron aquel vasto campo de especulaciones mercantiles. Acostumbrados á la tiranía económica, á la imposición monopolista, no se sintieron con arrestos para entrar en la libre concurrencia universal. Nuestro capitalismo ha carecido siempre de acometividad fuera de la estufa del Estado.

A la emancipación siguió el olvido, que es la facultad más desarrollada en el espíritu español. La Península se encerró en sí misma, aniquilándose en continuas luchas dogmáticas y estúpidos pleitos dinásticos, en una serie de absurdas guerras intestinas que, sin intervalo apenas, duraron todo el siglo pasado. Estas revoluciones, después de asolar el país, produjeron una inevitable postración del cuerpo social y hasta un embotamiento de la sensibilidad colectiva. Desde el año 75 hasta el desastre del 98. España permaneció dormida, en un sueño sin ensueños, en un sueño cataleptico.

III

Pero no sólo se cortó, con la emancipación, la corriente económica, basada en intolerables procedimientos coactivos. Se cortó también la corriente espiritual. América, Sud-América—que es lo que yo conozco—buscó fuera de la órbita de nuestro espíritu orientaciones más seguras. Cuando el Pirineo era una muralla opuesta á la cultura exterior, por el ancho mar volaban hacia las tierras de América todas las ideas surgidas en el Continente europeo. En los pueblos del Río de la Plata, la desvinculación comenzó á iniciarse en la enseñanza, antes del movimiento emancipador, bajo el reinado de Carlos III. He aquí cómo se expresa Juan María Gutiérrez, el ilustre pedagogo argentino: «Cuando los ministros de Carlos III intentaron la reforma de las Universidades de España, los miembros de la afamadísima de Salamanca se hallaban más atrasados en el conocimiento de las ideas de su siglo que los canónigos del Cabildo eclesiástico de la catedral de Buenos Aires; y cuando las ciencias matemáticas eran allí tenidas por cosa de hechicería y muy mal vistas por los teólogos y los filósofos, eran consideradas aquí como indispensables para fomentar las industrias y hasta para dar al hombre medios de acierto en la conducta de la vida práctica».

Bajo el vireinato de Vértiz, el más progresista de los vireyes, y al contacto de los nuevos elementos que aportaban las primeras emigraciones europeas, surgieron en el cole-

gio Carolino profesores como Maziell, el primero que estudió las nacientes luchas entre el Poder civil y el eclesiástico; Chorroarín, educador de los primeros revolucionarios rioplatenses; Basabilbaso, Juanzarás, O' Gorman, Lafinur y otros. Allí se formó el espíritu de Moreno, el verbo y la cabeza dirigente de la revolución, que acabó en Ayacucho.

Producida la Independencia, la enseñanza adquirió una orientación completamente francesa. El espíritu de los enciclopedistas suplantaba á nuestro estéril espíritu teológico. Profesores franceses imprimieron el nuevo rumbo á la cultura del pueblo naciente. A principios del siglo pasado, Lozier, Lanz y Lacour eran en Buenos Aires los principales pedagogos. Se adoptaron los programas del colegio Carlomagno, de París, y las enseñanzas de sus principales catedráticos, Suzanne, Lagrange y Biot. Los políticos y legisladores argentinos de la primera mitad del siglo pasado formaron su espíritu en la cultura francesa y trabajaron cuanto pudieron para modernizar en este sentido la conciencia del país.

La influencia cultural que éstos iniciaron fué continuada luego por los emigrados franceses del 48. Jacques fué el principal educador de los hombres públicos modernos. A esta corriente pedagógica hay que añadir el aporte espiritual del aluvión emigratorio cosmopolita. Todo esto, unido á la acción incesante de los gobiernos y de los escritores para asimilar á la vida social y política las instituciones y costumbres de los pueblos más progresivos, adaptación que no siempre se logró sin esfuerzo, produjo la natural diferenciación entre el espíritu peninsular y el espíritu americano, ó sud-americano, para no hablar sino de aquello que conozco por experiencia directa.

No he de hablar aquí de Sarmiento, el más formidable impugnador de nuestros hábitos, de nuestra cultura, de nuestra vida colectiva, ¡Cuántas verdades en su prosa indómita y atropellada! Quería despertar á España con sus gritos desde Ultramar. En el mismo calor de sus ataques hay un oculto anhelo generoso que debemos agradecerle. Nadie respondió aquí á Sarmiento. Sólo Villergas, que vivía en Buenos Aires, oponía su ingenio festivo en el «Antón Perulero» á las críticas acerbas del estadista americano. Un buen día le soltó un folleto. «Sarmenticidio». «Al mal «sarmiento» buena podadera»—decía la primera línea. El célebre presidente argentino, que era hombre de pronta cólera, se irritó profundamente. El no se creía mal «sarmiento» por ansiar que mejorase la cepa originaria.

Hay que emprender la reconquista espiritual de América. No basta tener asegurada allí la eternidad de la lengua. Es necesario que en nuestro vehículo vaya también nuestra alma. Y esto es lo que hay que crear: alma. Porque la que ahora tenemos no sirve para la exportación...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

EL PROBLEMA TERESIANO

Ha comenzado á publicarse en Madrid una nueva colección de *Clásicos castellanos*. Dirige esta nueva biblioteca un hombre de seguro y delicado gusto, muy culto y muy amante de nuestro espíritu: D. Francisco Acebal. Acostumbrados los lectores de periódicos á la hipérbole, al elogio exagerado y falso—verdadera labor de incultura,—todo lo que se diga, con entera sinceridad y veracidad, respecto de esta nueva colección, va á parecer excesivo. Sin embargo, todos los elogios serán pocos y parcos. Por primera vez se publica en España, no para el público de los eruditos y bibliófilos, sino para el público grande, una colección de clásicos, rigurosamente crítica, depurada, segura y al mismo tiempo, por lo que respecta á las con-

diciones materiales y de precio, verdaderamente bella, elegante y económica.

Es de lamentar que tratándose de una biblioteca de clásicos españoles, de lo que constituye nuestra entraña espiritual, la esencia de España, hayan tenido que formarse estos volúmenes, en cuanto a lo material, con elementos traídos de fuera de casa. No ha podido ser de otro modo: después de infructuosas tentativas—muy de alabar en el director y en el propietario de la colección—se ha visto que en nuestra industria no había elementos bastantes para llegar, como se ha llegado, a un tipo perfecto de libro. El papel, la tipografía y hasta las cubiertas han sido importados de Inglaterra y Alemania.

En España tenemos una idea falsa de lo que es la elegancia; lo he dicho muchas veces. Tal idea errada, falsa, domina tanto en el arreglo de la casa—muebles y decorado—como en el traje, en el libro y como en todas las cosas que nos rodean. Arranca esta idea de un defecto hondo de cultura y de educación. Se confunde aquí la riqueza, la suntuosidad, el «lujo», con la elegancia y con la belleza. Son cosas diversas todas estas, y a veces antagónicas, contradictorias. Un hombre o mujer—la mujer más que el hombre—de nuestra burguesía acomodada y aun de nuestra aristocracia (desde luego casi sobra el *aun*) se resistirá siempre a creer y sentir que la elegancia verdadera no es el atuendo y la necesidad, sino la sencillez, la parquedad, la sobriedad.

La nueva Biblioteca de autores clásicos ha comenzado su publicación con un volumen de Santa Teresa de Jesús. Hasta en este detalle, en esta elección, demuestra el director de la colección su cuidado y su reflexión. ¿Por qué debía inaugurar Santa Teresa y no otro clásico esta elegantísima, muy bella colección de libros? Sobre Santa Teresa habría que escribir mucho: esta Biblioteca que viene a darnos, *materialmente, tangiblemente*, una tan alta lección de belleza y de elegancia, no podía menos de inaugurarse con un libro de la gloriosa mujer de Ávila. Si la belleza es la sobriedad, la misma vida, espontánea y sin adornos inútiles, dudo yo de que haya entre nuestros clásicos un escritor más vital y más espontáneo que Teresa de Jesús. Santa Teresa es el más alto ejemplo de lo que podríamos llamar la *vitalidad española*. He hecho observar en un artículo reciente—publicado en el *Diario de Barcelona*—que Fray Luis de León llama «elegante», al estilo de la santa y que esta idea de elegancia no podemos precisar lo que representaría para Fray Luis de León, pero que tal como hoy la entendemos (tal como ha contribuido a crearla la literatura periodística, el periodismo llamado *brillante*, considerado como el *sumum* del periodismo) es una idea totalmente falsa respecto a Santa Teresa y que se halla en contradicción con la textura y esencia de su estilo. La elegancia hoy, para el escritor de nuestros días, supone sabio artificio, retórica alambicada y sutil, trabajo de técnica, *saber hacer*, y el estilo de Santa Teresa en cambio, es todo espontaneidad, franqueza, rudeza muchas veces, incorrección y desaliño. En un escrito maestro, perfecto, se ve siempre el trabajo: la técnica, por encima de la idea, de la vida; con Santa Teresa es la vida misma, espontánea y bullidora, lo que se percibe brotar y exteriorizarse *directamente* por encima del estilo; ó mejor, en los escritores *literarios* se ve el estilo en todo momento; en Santa Teresa el estilo no se ve, no existe, desaparece; es decir, y en resumen, que la insigne mujer de Ávila es el menos *literario* de todos nuestros escritores y que en su obra no hay ni el más pequeño rastro de *literatura*. ¿Puede llegar a mayor altura un escritor? ¿Puede llegar un pintor, análogamente, a mayor altura a que ha llegado Velázquez en su lienzo *Mercurio y Argos*?

El estilo en un artista está íntimamente ligado a su espíritu; son una misma cosa. Ahora había que estudiar la modalidad, las características del espíritu de Santa Teresa. Habría también que relacionar este espíritu

con las características dominantes del sueto—el paisaje de Castilla—y de la raza—la raza de guerreros, aventureros y conquistadores que caracterizaron el momento social en que la santa nació y se desenvolvió. De todos nuestros clásicos no hay ninguno que, como Santa Teresa, sea tan representativo de un medio y de una raza; Santa Teresa, mejor que nadie, representa en el siglo XVI la acción. Su catolicismo es un catolicismo, no de éxtasis y de arrobamiento, no *estático* (como falsamente se ha creído y se sigue creyendo), sino *dinámico*, de movimiento, de lucha. En nuestros días—y aquí está la modernidad profunda de su espíritu—Santa Teresa sería uno de los más poderosos representantes y propulsores de lo que se llama *catolicismo social*, y que debe ser llamado más propiamente acción social del catolicismo.

El pensamiento fundamental de Santa Teresa, el que domina toda su obra, es el de que se ha de llegar a la perfección, no con el éxtasis y la contemplación interior, sino con la acción y con la lucha. «El aprovechamiento del alma—dice en las *Fundaciones*—no está en pensar mucho, sino en *amar* mucho». Y añade: «Y si preguntáredes: ¿cómo se adquirirá este amor? Digo que determinándose un alma a obrar y padecer por Dios y hacerlo cuando se ofreciere». No puede encontrarse una cita más característica de todo el espíritu teresiano. Nótese el punto de vista *vitalista*, en contraposición al *intelectualista*, en que se coloca la Santa al oponer el *amor al pensamiento*, es decir, el espíritu replegado y encerrado en sí mismo (que es la actitud de nuestros pensadores contemporáneos, actitud *veneniana*, de rebelión, de disgregación, egotista), a la exteriorización del *yo*, al altruismo, a la solidaridad social y a la aceptación.

Siento en el alma que este artículo se vaya alargando. Podría citar otros muchos y típicos pasajes de Santa Teresa que confirman esta su actitud espiritual. Me veo obligado a terminar. El «problema» de la gran mujer es todo el problema del pensamiento moderno. Se podría ver cómo en ciertos insignes escritores el punto de vista del *pensamiento* ha constituido toda su obra y toda su vida (ya he citado a Renan) y de qué manera otros que han comenzado siendo puramente intelectuales han ido evolucionando (como Maurice Barres, como Paul Bourget) y han llegado a colocarse en la actitud francamente *vitalista* de Santa Teresa (que es la actitud de todo nuestro pueblo en el siglo XVI).

Concluyo enviando mi más cordial enhorabuena a los fundadores de la nueva Biblioteca de *Clásicos castellanos*.

AZORIN

IGNACIO ZULOAGA

Arte y nacionalidad

Un artículo de Ramiro de Maeztu en el *Heraldo* ha encendido mi deseo de escribir sobre Ignacio Zuloaga y su arte. La escasez de espacio para lo mucho que tenía que decir, y cierta pereza que siento a veces, cuando trato de ahondar en mi espíritu, tenían a ese deseo como encogido; mas leyendo el artículo de Maeztu, ese deseo se ha hecho gigante de pronto, y allá va su obra, pues corre prisa; porque existe aquí en crítica de arte una cuestión Zuloaga por resolver, una cuestión interior, de fronteras para adentro, y no puede resolverse sin destruir antes lo que ha impedido hasta hoy el contacto del espíritu nacional con la obra del gran pintor.

La cuestión Zuloaga tiene varios aspectos y en todos la voy a presentar; mas el que puede calificarse de previo, el patriótico, es el que ocupará hoy estas cuartillas, para proceder a la eliminación de los enconos que separan a nuestro público, del pintor de la España heroica.

Parece que Maeztu se empeña en defender al pintor vascongado como a reo de un delito que consiste en importunar, en molestar a

la España limpia y almidonada, moldeada a empujones en su espíritu y en sus exterioridades por el extranjero, con las violentas imágenes de la *España pintoresca* que nos ofrece en sus obras. He subrayado lo de España pintoresca, expresión de Maeztu, para corregirla, según mi idea, porque no existe pintura menos pintoresca que la de Zuloaga. Donde otros artistas han visto la vida pintoresca exclusivamente, Zuloaga ha preferido lo que esa vida pintoresca española tiene de heroica, de feroz, si se quiere, y aunque el concepto de lo pintoresco pueda extenderse más allá de los dominios del color, a las líneas galanas, movidas, a los conjuntos rítmicos y vibrantes de la alegría, de tal modo es casi monócroma la pintura de Zuloaga, y secas, recortadas y austerísimas sus figuras, que ni con una ni con otras reza lo de pintoresca.

Maeztu, como esa España limpia y almidonada, abomina de los asuntos del pintor vascongado, y parece que se duele del descrédito que nos acarrea por esos mundos. Yo no abomino de tales asuntos, y ya hablaré de lo del descrédito. Poco importa que la España limpia y almidonada abomine de los vestigios heroicos de un tiempo en que aquí existió el carácter más firme del mundo, reflejado hoy en las obras de Zuloaga; pero importa mucho que Maeztu, no solamente limpio y almidonado, sino que también español de los poquísimos que en este guirigay de la vida nuestra han sabido hacerse a sí mismos, y en unión de una ilustre minoría puede hacer y está haciendo una nueva, grande y viril España, se deje impresionar amargamente por la acidez y el terror estético que inspiran a entendimientos menos avezados que el suyo a los goces de la belleza, esos reflejos relampagueantes de una de las realidades españolas más misteriosas y sugestivas. Me refiero a la especialísima y abismante barbarie española. No os alarméis, pues trato de la barbarie civilizada, relativamente civilizada en ocasiones ó simple barbarie casi inofensiva de la exaltación sin límites, de la independencia fiera y del atomismo, mal llamado individualismo, que reducen la vida de relación a poca cosa, sin quitarla intensidad, al modo solitario. Entre esta clase de bárbaros es donde perduran los fanatismos, que podríamos llamar ibéricos, por darse en todas nuestras épocas y bajo todas las ideas de patria y religión, y donde brotan también por espontáneo impulso idealidades tan quiméricas como seductoras, y arrancan acciones de una luminosidad extraña ó torvas oscuras é inexplicables. Don Benito Pérez Galdós conoce bien ese subsuelo de nuestra raza, y lo reveló el primero. Pío Baroja lo siente porque de él procede, así como Zuloaga, cuyos tipos no son sólo de gentes vestidas a la antigua, sino de una antigüedad muchísimo más remota que sus trajes. Los pintores pintorescos se contentan con el traje que ponen a cualquiera, al modelo; mas el pintor ó el escritor que comprende a esta especie de bárbaros, sabe distinguirlos por su espíritu, sea cualquiera el traje que vistan, si bien entre los que visten ó viven a la antigua están los más típicos.

Entre los placeres intelectuales y estéticos altísimos que el trato de este mundo sui géneris proporciona—y los artistas extranjeros testifican con su asombro de la altura de tales recreaciones,—no hay que contar los del cómodo alojamiento, la limpieza y otros por el estilo; pero ¿cree Maeztu completamente inútiles estas prácticas penitenciales en edad como la presente, cuando cualquier mañana puede despertar Europa tan mal de humores, que sea poco menos que imposible al más pulcro esclavo de la higiene lavarse tres veces en lo que le reste de vida?

Maeztu fué el primero y más bravo defensor del arte de Zuloaga en Madrid. Continuemos apoyando al artista; sus asuntos no son ciertamente para el público vulgar. ¿Qué le hemos de hacer? Aparte de que con temperamentos como el de Zuloaga no valen reparos: tiene la cabeza más dura que un cerrojo.